

CARTA PASTORAL NÚMERO 27

Con ocasión del Año Mariano de 1942, monseñor Builes, mariano por excelencia, redactó esta pastoral, dedicada a la Madre de Dios y consagró a Colombia a su Inmaculado Corazón, para que sea protegida de la invasión de sectas políticas y religiosas que atacaban la fe y las creencias, que destruían hogares, sembraban el odio y alejaban a las personas de la Iglesia de Dios, sembrando las semillas de la violencia partidista y creando divisiones entre la población. El obispo nos pone a María como modelo de virtudes y medianera de todas las gracias para que salve a Colombia del mal que se viene y recomienda orar el rosario, para buscar la paz entre sus habitantes.

2 de febrero de 1942

LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Monseñor Miguel Ángel Builes

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, obispo de Santa Rosa de Osos, al venerable clero y a los fieles de nuestra Diócesis, salud y bendición en nuestro Señor Jesucristo.



Hay una mujer singular, síntesis maravillosa de la creación material y del mundo de los espíritus, objeto de las miradas de Dios desde los siglos eternos, hermosa como la luna y escogida como el sol, a quien contemplan en mitad de los tiempos las generaciones que la preceden y a quien miran extasiadas las generaciones que la siguen; mujer más excelsa que los encumbrados serafines y más grande que todas las criaturas humanas y materiales, reina de los cielos y de la tierra, soberana de los ángeles y de los hombres, superior a toda criatura, inferior solo a Dios. Esa mujer singular es María, a quien la Iglesia colombiana quiere honrar de manera especialísima en este año mariano de 1942, año que amanece nublado en sus horizontes lejanos por la densa humareda de la más horrenda conflagración guerrera que registran los siglos, y en sus horizontes hogareños por el siniestro resplandor de

próxima catástrofe político-religiosa, si el amante Corazón de Cristo no interpone su mediación salvadora; esa mujer es María, la Madre del Amor hermoso y de la santa esperanza, en cuyo corazón piadoso, como de la más tierna de todas las madres, ponemos nuestro propio porvenir y el de nuestra patria y el de nuestros hogares, con la más firme y dulce confianza.

Justo es, amados hijos nuestros, que esta pastoral de Cuaresma sea un himno de alabanza a nuestra tierna Madre, un homenaje de gratitud a la que nos ha colmado siempre de sus maternales favores y una súplica ferviente a la que es Madre de la gracia y de la misericordia, conforme lo canta la Iglesia.

I

María estuvo en el pensamiento de Dios desde la eternidad

Así lo canta la Iglesia con sonoridad conmovedora, aplicando a María lo que de la divina sabiduría dice el libro sagrado de los Proverbios: "Yahvé me creó, primicia de su actividad, antes de sus obras antiguas. Desde la eternidad fui formada, desde el principio, antes del origen de la tierra. Fui engendrada cuando no existían los océanos, cuando no había manantiales cargados de agua; antes que los montes fuesen asentados, antes que las colinas, fui engendrada. No había hecho aún la tierra ni los campos, ni el polvo primordial del orbe. Cuando colocaba los cielos, allí estaba yo, cuando trazaba la bóveda sobre la superficie del océano; cuando sujetaba las nubes en lo alto, cuando afianzaba las fuentes del abismo, cuando marcaba su límite al mar para que las aguas no desbordaran sus orillas; cuando asentaba los cimientos de la tierra, yo estaba junto a Él, como aprendiz, yo era su alegría cotidiana, jugando todo el tiempo en su presencia, jugando con la esfera de la tierra; y compartiendo mi alegría con los humanos" (Proverbios 8, 22-31).

II

María fue prefigurada en la creación y en las mujeres de la Biblia

Fue así como María apareció en la mente de Dios desde la eternidad y, en efecto, cuando Dios iba creando los mundos, estaba con María ordenando y disponiendo todos los seres y estampando en ellos una imagen prodigiosa de su Madre en los soles brillantes de los cielos, en el verde esmeralda de los bosques, en la policromía prodigiosa de los prados, en el cristal movable de los mares, en la orquestación sonora de los torrentes, de los vientos y las aves.

Mas no se contentó el Señor con bosquejar en la naturaleza material la figura incomparable de María, sino también en las grandes heroínas del Antiguo Testamento, que son figura de María.

Figura de María es Eva, colmada de gracia y de belleza, madre de todos los vivientes en el orden natural y madre del inocente Abel, muerto a manos de su hermano Caín; María es la "llena de gracia", la más hermosa de todas las criaturas, madre sobrenatural de los hombres, y Madre de Jesús, nuevo Abel, que muere a manos de sus hermanos los judíos.

Figura de María es Sara, que, aunque estéril, tiene por milagro un hijo, Isaac, anunciado por un ángel; este hijo sube cargado con la leña de su propio sacrificio al monte Moria para ser allí sacrificado; María es la madre virgen del nuevo Isaac, anunciado también por un ángel, Jesús el Redentor, quien sube al Gólgota cargado con la cruz, el ara de su propio sacrificio.

Figura de María es Rebeca, que da agua al siervo de Isaac y a sus camellos y llega a ser madre de Jacob; María reparte las aguas de la gracia en proporciones infinitas a la humanidad sedienta y llega a ser Madre de Dios.

Figura de María es Raquel, bellísima doncella, esposa de Jacob y madre de José, el de alma inmaculada y tierno corazón, odiado y vendido no obstante por sus hermanos, pero constituido

salvador de Egipto; María es aquella mujer virginal de quien cantó el profeta: *Tota pulchra es* (cf. Canta de los cantares 4, 7). Toda hermosa eres, María; hermosa como la aurora, coronada de estrellas, Madre de Jesús el santo de los santos, vendido por un discípulo, pero convertido en el Salvador del mundo.

Figura de María es Judit, que, cortando la cabeza a Holofernes, libró a su pueblo de la destrucción; María aplastó la cabeza del dragón infernal, y de ella canta la Iglesia lo que de Judit cantó Israel: *Tu, gloria Jerusalén. "Tú eres la exaltación de Jerusalén, tú el gran orgullo de Israel, tú la suprema gloria de nuestra raza"* (Judit 15, 10).

Figura de María es Ester, que halla gracia delante de Azuero por su belleza y su virtud, y libra del exterminio a su pueblo por la gracia de su intercesión; María, llena de gracia y santidad, aparece grata delante de Dios y da al mundo al Redentor, que libra la humanidad del exterminio universal.

Estas y otras grandes mujeres del Antiguo Testamento son figura de María; pero ella aparece también simbolizada en varias de las obras de la creación y en muchos hechos del Antiguo Testamento.

III Símbolos de María

El Espíritu de Dios, que iba concertándolo todo con María en la creación, la iba haciendo aparecer simbolizada desde el principio y como un anuncio de las obras de misericordia maternal que ella realizaría al venir, por los siglos sin fin.

Ved en el paraíso el árbol de la vida, cuyo fruto preserva de la muerte a Adán y Eva, conservándolos en plena y radiosa juventud. Ese árbol es María virgen, ese fruto de vida eterna es Jesús.

Ved veinte siglos más tarde, el arca de Noé, flotando serena sobre las ondas, llevando en su seno la nueva semilla de la humanidad. Es María que va bogando tranquila sobre la universal corrupción y lleva en sus entrañas el germen de la vida divina de la humanidad. Una paloma trae en su pico la oliva de la paz; María trae a Jesús, verdadera oliva de paz entre Dios y los hombres. Aparece en el cielo el arco iris que abraza la tierra con el cielo y es prenda dada por Dios de no volver a ahogar el mundo en nuevo diluvio; María es el verdadero arco irisado que une al hombre con Dios y le libra de las divinas venganzas.

Ved la escala de Jacob que desde la tierra va hasta el cielo, y por la cual suben y bajan los espíritus angélicos. Es María escala divina, por la cual baja a la tierra el ángel del Testamento, Cristo Jesús, y subimos nosotros a Dios.

Ved esa otra arca, el Arca de la Alianza, revestida de oro purísimo, que lleva dentro las tablas de la Ley, el maná y la vara de Aarón, y a cuya presencia se detienen las aguas del Jordán. Es María llena de gracia, que lleva en su seno al Autor de la Ley, el maná celestial y hacedor de prodigios, a cuya presencia se detienen las aguas del pecado.

Ved la montaña de donde se desprende aquella piedrecita que derriba la estatua colosal que en sueños vio Nabucodonosor. Es María, bendita montaña de santidad y gracia, de donde se desprende Jesús, que derriba el imperio monstruoso de Lucifer.

Ved el templo de Jerusalén levantado por Salomón al Dios altísimo, el más rico, espléndido y magnífico que se haya erigido en Israel. Es María, colmada de indefinibles riquezas, de gracia y de virtud por el Espíritu Santo, la mujer más grande de los siglos, que albergó a Dios en su seno y le recostó en su regazo.

Ved la nubecilla del Carmelo, que sale del mar como un blanco vellón de lana, crece hasta cubrir el cielo y se resuelve después en lluvia copiosa que fertiliza los campos, resecaos por tres años de no caer sobre ellos una gota de rocío. Es María que, convertida en lluvia de gracias, de bendiciones, hace producir en la humanidad, estéril durante cuarenta siglos de sequía espiritual, abundantes frutos de santidad.

IV Profecías de María

María, prefigurada en las criaturas y en las grandes mujeres de la Biblia, es profetizada en el Antiguo Testamento.

Es el mismo Dios quien anuncia la Virgen Madre, cuando, al pronunciar la sentencia contra la serpiente, hizo aparecer ante los ojos llorosos de Adán y Eva la imagen bendita de María: "Enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje: ella te pisará la cabeza" (Génesis 3, 15).

Luego Isaías, setecientos cincuenta años antes de la venida de Jesús, anuncia la Madre virgen diciendo: "Escucha, pues, heredero de David... el Señor mismo va a daros una señal: Mirad, una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, al que pondrá por nombre Emmanuel" (Isaías 7, 13-14).



V María Inmaculada

Aquella mujer singular, que iba a ser madre de Dios, no podía venir al mundo manchada con la culpa original. Por eso, como una gota de blanquísimo rocío que flota incontaminado sobre el río lodoso de la humanidad, aparece María concebida sin mancha de pecado original. Inmaculada, porque había de cumplirse en ella la palabra de Dios, de establecer una enemistad perpetua entre ella y la serpiente, por lo cual, ni un solo instante le podía pertenecer; inmaculada, porque el ángel la llamó *gratia plena*, en el tiempo y en el espacio, y bendita entre todas las mujeres; inmaculada, porque así lo definió el Papa, oráculo infalible de Dios sobre la tierra; inmaculada, porque así lo declaró ella misma en

Lourdes a una virgencita pura; inmaculada, porque, por una redención preventiva, la augusta Trinidad no permitió que María, su hija, esposa y madre, fuera contaminada con la mancha original.

VI Nacimiento de María

El pecado de Adán sembró la noche en el mundo. Durante cuarenta siglos, las tinieblas habían cubierto como un sudario de muerte el mundo de las almas, como dice san Pablo: "Por eso están llenos de toda injusticia, perversidad, codicia, maldad, envidia, homicidio, contienda, engaño y malignidad; por eso son difamadores, detractores, enemigos de Dios, ultrajadores, altaneros, fanfarrones, ingeniosos para el mal, rebeldes a sus padres" (Romanos 1, 29-30). ¡Qué cuadro tan negro descrito por mano maestra! ¡Qué sombras tan densas y oscuras!

Pero aparece María, *quasi aurora consurgens*, levantándose como la aurora en el oriente, haciendo huir en tropel las tinieblas y difundiendo sobre el mundo la suave lumbre de su divina claridad, preludio de la luz indeficiente del sol de justicia, Cristo Jesús, cumpliéndose aquella profecía: *Ego feci ut oriretur in coelo lumen indeficiens* (cf. Eclesiástico 24, 6).

Por el nacimiento de María está de fiesta Nazaret; de la casa de Joaquín y Ana salen resplandores celestiales; los ángeles van dejando en derredor regueros de luz y de armonías. Está de fiesta el cielo; el Padre eterno dirige una mirada de inefable ternura sobre aquella angelical criatura, la única que viene al mundo sin mancha, porque va a ser la Madre de su Hijo; el Verbo, que ansía vestirse de carne y tener sangre para lavar los pecados del mundo, extasiase al contemplar nacida a la que ha de ser su Madre; el Espíritu Santo, su esposo divino, tiende su vuelo y se posa amorosamente sobre aquella criatura sin igual. Está de fiesta la naturaleza entera; brillan los soles con nuevo resplandor; cantan las aves, en unión con las brisas y la luz, himnos nuevos, aleluyas celestiales; las flores de todos los pensiles se coloran con belleza inusitada y perfuman toda la tierra. Rugen de rabia los abismos porque la vencedora de Luzbel ha nacido y el reino del mal será destruido por el que nacerá de las entrañas de aquella niña esclarecida.

VII Hacia Jerusalén



Tres años no más alegra la niña la casa de Joaquín. Sus padres habían hecho voto de consagrarla al servicio de Dios en el templo de Jerusalén. Ella, la hija del milagro, siente como suyas y repite las palabras de David: "Como anhela la cierva los arroyos, así te anhela mi ser, Dios mío... ¿cuándo podré ir a ver el rostro de Dios?" Salmo 42, 2.3). Y se cumplió la profecía de aquel otro salmo que dice: *Adducentur virgines post eam...* "Vestida de brocados la llevan ante el rey. La siguen las doncellas, sus amigas" (Salmo 45, 15).

Ella va llena de gloria, la gloria que procede de su santidad interior, *circumamicta varietatibus* (cf. Salmo 45, 15), revestida de

telas riquísimas, recamadas de brillantes y de piedras preciosas y los ángeles van cantando, arrobados al verla partir. "¡Qué lindos se ven tus pies con sandalias, hija de príncipe!" (Cantar de los cantares 7, 2). Va a Jerusalén...

Las puertas del templo se abren; como un ágil cervatillo, la niña sube las gradas de los atrios del Señor; el sumo sacerdote, vestido de gala, recibe la criatura virginal; el último abrazo de sus ancianos padres; entornase la puerta que los separa para siempre; ¡y qué cuadro allá dentro: ante el sumo sacerdote, formula la niña el voto de perpetua y perfecta virginidad, voto hasta entonces oprobioso y que escuchan abismados el sumo sacerdote, los ángeles y los hombres.

María se dedica a la vida de oración y contemplación, al trabajo y al estudio, bajo la dirección de los sacerdotes y de las santas mujeres.

VIII

Los desposorios

Ha cumplido la Virgen catorce años; sus padres han muerto. Los sacerdotes, las santas mujeres del santuario y los tutores de la doncella divina le indican que la ley y las costumbres le prescriben un esposo. Una luz especial la ilumina, dicen los santos padres, para comprender cómo podrá recibir un esposo en la tierra, sin dejar por eso de ser la esposa virginal del Espíritu de Dios. Se inclina ante la voluntad de Dios y acepta ser casada. Refiere san Jerónimo que los varios pretendientes de María, por orden del sumo sacerdote, colocaron sus varas sobre el altar. El cielo le indicó que aquel varón cuya vara amaneciera florecida sería el esposo de la doncellita virginal. ¡Milagro! Amanece florida la vara de José, llamado por el Espíritu Santo varón justo, y se unen dos almas en incomparable virginidad. Matrimonio singular y sin precedentes, en que los dos contrayentes se comprometen por voto a vivir como ángeles.

IX

La encarnación



En Nazaret habitan unidas en santos desposorios las dos almas más excelsas que han visto los cielos. La augusta Trinidad se ha compadecido de la mísera humanidad y ha resuelto la reparación de humano linaje. El Verbo de Dios, en un arranque de infinito amor a Dios y a los hombres, ha aceptado el encargo de hacerse hombre para poder sufrir y verter su sangre y morir, único medio de redimir la humanidad... ¿Pero quién dará la santa humanidad al Verbo? Las tres augustas personas miran a la tierra. En medio de aquella horrenda corrupción, alcanzan a ver en su casita de Nazaret una humilde doncella de quince años, entregada a la oración y pidiendo al cielo con Isaías que mandara ya el Redentor: *Rorate coeli desuper*. Lloved, oh cielos, lloved al Justo (cf. Isaías 45, 8). Es tan bella, es tan pura, que arrebató el corazón de la augusta Trinidad.

El cielo se estremece. Ante la expectativa de los coros angélicos, parte del empíreo hacia la tierra un mensajero celestial. "Una claridad prodigiosa iluminó la estancia de María y, entre

el fulgor hermosísimo de celeste lumbre, aparecióse Gabriel, el arcángel de las revelaciones extraordinarias, uno de los siete espíritus que asisten ante el trono del Omnipotente, y después de haberla saludado con el mayor rendimiento, después de llamarla llena de gracia, en quien está el Señor, y bendita entre todas las mujeres, añadió que había agradado a los ojos divinos, y así el Espíritu Santo descendería sobre ella, y la virtud del Altísimo le haría sombra, para que tomase carne en sus entrañas el Salvador del mundo, reinando en la casa de Jacob para siempre”.

“Yo veo allí, en las sagradas manos de la Virgen, las llaves de oro de la gloria; veo los destinos del mundo pendientes de sus labios: a Adán, desterrado del Edén, volviendo hacia ella los tristes ojos; a Henoch, a Isaías y a todos los justos del Antiguo Testamento elevando los brazos suplicantes en demanda de la respuesta salvadora; y al arcángel envuelto en los arreboles del Paraíso, coronado con diadema de astros, resplandeciente de celestial hermosura, rodilla en tierra, inclinada la frente, cruzadas las manos, plegadas las alas, esperando la contestación en silencio; y no puedo menos de confesar que en ninguna otra circunstancia me parece más grande y excelsa la Virgen. La tierra, oprimida bajo las maldiciones de Dios y ganosa de verse alumbrada con los rayos del sol de justicia; el Cielo, cerrado durante cuarenta siglos, que desea ver ocupadas las sillas de los espíritus rebeldes; los ángeles, que anhelan el momento de saludar a su emperatriz, y el hombre, que gime bajo la ominosa esclavitud de la culpa, suspirando por el Redentor prometido, esperan ansiosamente la contestación de María. El mismo Dios aguarda tan solo a oírla, para venir al mundo y desposarse con la naturaleza humana. Tal es el poder de su voluntad: hasta tal punto la enaltece el Eterno al escogerla por madre”.

“Nos maravillamos, y con razón, al pensar en la palabra creadora; al pensar cómo, al eco de la voz infinita, contestaron los seres todos desde las regiones del no ser, y *el fiat* divino fecundó la nada, vivificó la muerta potencialidad, coloreó la aurora, encendió el sol, extendió el firmamento, hizo brotar las fuentes, pobló de estrellas el espacio y hermoseó de mil modos la morada terrena del hombre. Pero no es menos para admirar la virtud prodigiosa de la contestación de la Virgen: *Fiat*. Hágase, dijo; y en el mismo punto la tierra salta de alegría; el cielo se viste de luz más brillante; el empíreo resuena con cantos más dulces; el infierno, aherrojado, se estremece de rabia; los hijos de maldición y de ira son hijos y herederos de Dios, y en las regiones de las sombras y tinieblas de muerte ríe ya el alba feliz de un día sin ocaso. Esta frase maravillosa bajó a Dios de su trono; humilló al Altísimo; sujetó al Eterno a las mudanzas temporales; dio ser al autor de los seres; incorporó lo espiritual; midió lo inmenso; incluyó lo incircunscrito; unió los límites a lo ilimitado, la criatura al Criador, la muerte a la vida, e hizo carne al Verbo, efecto a la causa universal”³¹.

Con dos palabras conmovedoras concluye san Juan: “Y la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros” (Juan 1, 14).

³¹ López Peláez, A. *La vida de la Virgen*, p. 110.

X La visitación

María está llena de Dios, en su seno habita el Verbo, que es caridad. La caridad lleva a la Virgen a visitar a su prima santa Isabel, quien va a ser madre del Precursor; y el celo del Hijo que quiere santificar a Juan, antes de nacer, la hace andar apresuradamente.

La casa de Isabel se ilumina de celestiales resplandores al saludo de la Virgen. El Espíritu Santo penetra en el alma y el ser todo de Isabel; Juan, su hijo, salta de gozo al contacto de la gracia que le beatifica, y la madre, iluminada con la luz de Dios, exclama con ímpetu divino: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; ¿cómo así viene a visitarme la madre de mi Señor? (Lucas 1, 42-43). María, que ha sentido salir de sí la gracia salvadora y ha visto envolverse en claridades celestiales la mansión entera y a su santa prima, siéntese a su vez divinamente inspirada y exclama: *Magnificat anima mea Dominum...* "Alaba mi alma la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador..." (Lucas 1, 46-47). Y prosigue en arrebatado celestial desgranando las más bellas estrofas que hayan pronunciado jamás labios humanos, himno de gloria al Señor en que se canta propia grandeza, canta la historia del mundo regenerado, canta por fin a Israel y sus esperanzas cumplidas.



XI Belén



Santificado Juan, cumplida la obra de caridad con su prima Isabel, María vuelve a Nazaret a esperar el día más grande para ella y para el mundo, el día del nacimiento del Redentor. Oración y trabajo, amor y sacrificio, conversación amorosa con el tesoro que alberga en sus entrañas, he aquí la vida de María en este interregno.

El edicto de Augusto sobre el censo hay que cumplirlo. José y María parten hacia Belén. Cariñosamente plegados lleva la Virgen los pañales. Atrás, en Nazaret, quedáronse la cunita y el jergón que José había fabricado con tanto cariño para recibir al Niño. No hay posada en los mesones y los parientes no reciben en su casa a los viajeros. Una cueva abierta en la roca dará albergue al Niño y a la Madre.

El frío invernal es intenso; María siente que la hora se acerca. Es la media noche. ¡Reina el silencio! ¡María arrebatada en éxtasis! ¡Brilla en su interior la luz de los cielos! "Y cuando a todos los seres –dice el texto sagrado– los envolvía el silencio y los astros iban vagando por la inmensa concavidad del cielo en mitad de su carrera, el Verbo omnipotente del Padre bajó de las sillas reales de la gloria!".

Cuando María vuelve en sí, brilla en la cueva la luz de Dios: es que ha nacido Jesús y la está mirando con sus dulces ojos y le está sonriendo con dulzura infinita, como quien declara

un amor: ¡Madrecita!, ¡cuánto te amo! Ella se inclina, le adora con la mayor reverencia; cerca entre sus manos blanquísimas el rostro divino y un beso de madre resuena en la gruta y unas lágrimas ardientes, maternas, van a mezclarse con las que brillan como perlas en los ojitos del infante. El Hijo y la Madre se han comprendido y a los dos corazones los funde el amor.

El asno y el buey le dan colorcito, los ángeles en bandadas luminosas van cantando: "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace" (Lucas 2, 14); los pastores le adoran reverentes y le obsequian cariñosos de leche y miel. Más tarde le adoran los Reyes de Oriente, reclinado sobre el regazo de su madre, y le ofrecen oro, incienso y mirra.

XII **Purificación**

Llegado el tiempo de la presentación del Niño Jesús en el templo y de la purificación de la Madre, María y José salieron con su Hijo, llevando como rescate el par de pichones que exigía la Ley. Pero, Madre mía, ¿cómo no siendo tú pecadora ni habiendo en ti mancha alguna te presentas, para purificarse, al templo? Te mueve la humildad, te mueve el ánimo de servir de ejemplo a las almas que quieran seguir tus huellas, te lleva de la mano el Señor. Es que el santo anciano Simeón va a profetizar; va a anunciar que el Niño será objeto de contradicción y causa u ocasión de ruina para muchos en Israel, y que una espada de dolor traspasará, oh Madre mía, tu corazón maternal; va a entonar el himno de la iluminación de los gentiles y la gloria del pueblo de Israel (cf. Lucas 2, 32). ¡Oh, que sentimientos tan variados experimentaría tu alma, cuando de rodillas ante el santo de los santos, teniendo en tus manos la futura víctima sangrienta del Calvario, la ofreciste al Padre para la redención del mundo, para la iluminación de las naciones y para la gloria de tu pueblo! ¡Qué víctima, Madre mía, tan preciosa, tu Jesús, y qué ara para el sacrificio, tus manos adorables! ¿Entre quiénes me viste entonces, Madre mía? ¿Por ventura entre los contradictores de tu Cristo o entre los verdugos de su Iglesia? ¡Oh! no, Madre mía, ¡por piedad! Porque yo no he querido otra cosa durante mi vida que hacer conocer, amar y servir a tu Cristo y hacer que todos te conozcan y te amen y te sirvan a ti. Concédeme, Madre mía, la gracia de acabar mis días en este venturoso oficio de difundir la luz y el fuego, y ayúdame, Señora, ayúdame a propagar el reino de tu Hijo por todo el mundo. Y haz que cuantos lean estas líneas te quieran mucho a ti, dulce Madre, y amen a tu Hijo y se salven.

XIII **Huida a Egipto**

¡Y qué pronto empiezan a cumplirse las profecías del santo anciano Simeón! Herodes quiere asesinar al Niño, porque ve en Él un futuro rey, poderoso y grande, que le arrebatará su trono y su corona. No temas, rey impío, no temas, que no quita reinos temporales el que da los celestiales.

El arcángel de la Anunciación habla en sueños a José y le indica con apremio que debe salir al punto, huyendo hacia Egipto, porque Herodes busca al Niño para matarlo. Es medianoche. María oye la orden del ángel; se incorpora del lecho de su descanso; clávase de rodillas y, en resignada aceptación de la voluntad divina, se ofrece sin reservas a todos los sacrificios, a todos los padecimientos que su divina misión le exige.

El Niño duerme tranquilo en su cunita. ¡Oh Niño mío, lo que te espera!, exclama llorando la Madre. ¡Ven a mis brazos! Una mirada dulcísima y una sonrisa es la respuesta del Hijo.

Son ciento siete leguas de camino por ásperos senderos, a través de montañas y desiertos, sin posadas y sin recursos, teniendo que dormir hartas veces bajo las palmeras, o sin más techo que el cielo estrellado. ¡Cuántas veces, al oír los gemidos del Niño, atrozmente maltratado del largo viaje, se inclinarían hacia Él, compasivos, los luceros para retratarse en sus pupilas, y las brisas vendrían susurrando a acompañarle en sus vagidos, y las aves nocturnas del desierto se acercarían amorosas a besar con las alas sus mejillas!

¡Qué dolor, para María y José, ver de esta manera sufrir al Niño, no solo durante el viaje, sino sobre todo en Hierópolis, tierra extraña e inhospitalaria, donde pasó Jesús sus primeros años, balbucieron sus labios la primera palabra y manifestó los encantos de su despertar a la vida! ¡Mas, ni una queja! Aceptaban con alegría las disposiciones de la Divina Providencia.

¡Pensad en las privaciones que padecerían en aquellos años de cruel destierro, sumidos en tanta pobreza y sin los consuelos del suelo patrio!

Siete años contaba el Niño, cuando, muerto Herodes, regresó a Nazaret la divina familia. Oh cristianos, ¡qué modelos de santidad para todos nosotros, Jesús, José y María! Imitadles...



XIV **Vida oculta**

Jesús había de llamarse el Nazareno, y por eso el ángel anuncia a José que puede dejar el destierro y regresar a su patria, Nazaret. Ya el Niño ha cumplido los doce años, cuando, después de la fiesta de Jerusalén, se pierde de la vista de sus padres, quienes en la posada observan que Jesús no va con ellos. ¡Qué pena inenarrable la que se apodera de la Virgen Santísima, quien, bañada en lágrimas regresa a la ciudad y la recorre, buscando a su Hijo! ¡No son las madres de hoy como lo fue María! ¡Cuántos hijos, y sobre todo hijas, van de aquí allá, sin preocuparse de su buen nombre ni de su virtud, mientras las madres duermen tranquilas en el hogar o se van a su vez en busca de regalo a costa del deber!

Al fin encuentran a Jesús en el templo. Qué amoroso reproche dirige la Madre al Hijo: "¿Por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos andado buscando, llenos de angustia. Él les dijo: 'Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?' " (Lucas 2, 48-49).

Observad, amados hijos nuestros, que, al paso que José y María buscan a Jesús, aunque este se ocupa de los negocios de su Padre, son tantas las madres que no buscan a sus hijos, aunque sepan que andan ocupados, no de las cosas de Dios, sino de las cosas del mundo.

Otra lección se desprende de este misterio: a pesar del mundo, de la carne y de la sangre, hemos de ocuparnos de las cosas que son de Dios, siguiendo nuestra vocación.

Después de este misterio de la vida de Jesús, el Evangelio resume en estas brevísimas palabras el intervalo comprendido entre los doce y los treinta años de edad: "Vivió sujeto a ellos" (Lucas 2, 51). "Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón" (Lucas 2, 51).

Vida divina la vida de María en este santísimo hogar, modelo de los hogares cristianos. Conservad en el corazón, amados hijos nuestros, conservad los ejemplos y palabras del Maestro y luego meditadlos profundamente, amoldando a ellos vuestra conducta. Vivid para Jesús como María; trabajad y sufrid por Él, meditad dentro de vuestro corazón, orando sin cesar. Así se hacen santas las almas, así se agrada a Dios, así se alcanza el cielo.

XV

María coopera con Jesús en su vida pública

Salgamos ya del retiro de aquel hogar santísimo de Nazaret. José, el varón justo, ha volado al seno de Abraham. Jesús deja su casa, deja su pueblo y sale a cumplir la misión de evangelizar al mundo, según lo trae san Lucas: *Evangelizare pauperibus...* "El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos" (Lucas 4, 18). María será la primera en partir en ayuda de su divino Hijo en la obra de evangelización. Ella traza el derrotero de aquellas almas virginales que ayudan en las misiones a la propagación del Reino de Dios y sirve de modelo a aquellas otras que, en la Acción Católica, ayudan a la jerarquía a salvar el mundo.

Primera religiosa, María se reúne con las santas mujeres, quienes preceden al Señor y a sus apóstoles por valles y montes, pueblos y ciudades, preparando los espíritus para la conquista y los albergues y alimentos a los divinos conquistadores.

Y como ella no tenía otro anhelo que el de hacer el bien como su Hijo, por eso, desde los comienzos de la predicación de nuestro Señor y sin llegar aún la hora de empezar Jesús a hacer sus milagros, aparece desempeñando el oficio de intercesora y alcanza por la súplica el milagro de Caná.

El Evangelio guarda en general un silencio significativo en relación con la obra de María en la predicación de Jesús; pero nuestro espíritu podrá entretenerse en fervorosas consideraciones sobre lo que hablaría con su Hijo y los apóstoles y lo que haría en favor de las almas en aquellos tres años de vida pública.



XVI María en la pasión

Si María aparece grande durante los treinta años de la vida oculta de Jesús y durante los tres de la vida pública, su figura se agiganta y se rodea de esplendores de divinidad cuando viene a visitarle el dolor con toda su amargura, durante la pasión y muerte de Jesús. María, corredentora de los hombres, padeció en su alma con una intensidad que la inteligencia humana jamás podrá comprender todos los dolores que Jesucristo padeció en su cuerpo. Ya desde los comienzos de la etapa de su divina maternidad, una espada de dolor se había clavado en su corazón de madre con la profecía de Simeón; Luego vino la segunda a traspasar su pecho en la huida a Egipto; la tercera la hirió cuando perdió a Jesús en el templo. Y, como Ella fue herida por siete espadas, fue en el encuentro con su Hijo en el camino del Calvario cuando se clavó la cuarta. ¿Y quién podrá medir la pena de María desde este momento hasta el instante de dar sepultura al santo cuerpo?

María, que, según algunas tradiciones, había asistido en éxtasis desde su morada a la prisión de Jesús y a la sentencia del Sanedrín y había presenciado en espíritu la escena horrenda de la flagelación y había escuchado atónita la sentencia de muerte, fue avisada por Juan de que el cortejo avanzaba ya hacia el Calvario. María sale al encuentro de su Hijo, que viene cargado con la cruz. Llena está de pueblo, soldados y verdugos la calle de la amargura. A la cabeza de dos malhechores, viene Jesús oprimido bajo el peso de sus dolores y del madero. No hay en Él belleza ni hermosura como lo había anunciado el profeta. Su rostro está cubierto de grumos de sangre, de esputos y de polvo. Los cabellos en desorden caen por entre las espinas sobre la frente y los hombros. De los ojos apagados brotan hilos de sangre. Jadeante y moribundo, Jesús gime como la tórtola a cada paso que da y a cada golpe que recibe. Así lo abarca de repente la triste Madre. Un grito de dolor atrae los ojos ya marchitos del divino Mártir. ¡Encuéntrense las miradas y compenéntrase las almas! ¡Ni una palabra, porque se anudaron las gargantas del Hijo y de la Madre! ¡Qué dolor!



¡El cortejo avanza! Detrás va María oyendo las injurias y blasfemias, pisando las huellas sangrientas de Jesús, hasta el Calvario.

Es el mediodía. En la cumbre de la montaña, Jesús, de rodillas, mira al cielo y ofrece de nuevo el sacrificio. De rodillas también, la Madre se une al sacrificio de su Hijo en generosa ofrenda. Arrancan con furia los vestidos pegados a la carne de la víctima que aparece vestida con su propia sangre. Desgárrase de dolor el alma de María. Óyense los sordos martillazos sobre los clavos que traspasan las manos y los pies del Hijo y el corazón de la Madre. Álzase al fin la víctima sangrienta en el patíbulo, en medio de dolores infinitos. Óyese la rechifla de la turba y los tristes gemidos del crucificado. El sol enrojecido se inclina llorando; envuelve en sus últimos rayos, como entre brazos de luz moribunda, a su hacedor y se esconde luego entre negros nubarrones.

Al pie de la cruz está la Madre dolorida y lacrimosa; caen sobre su rostro pálido y sobre su manto las gotas de sangre que vierte Jesús y atraviesa su pecho una nueva espada. *Cujus animam gementem, contristatam et dolentem, pertransivit gladius*³². La horrenda oscuridad que envuelve al cielo desciende ya a la tierra y con una mortaja inmensa cubre la ciudad deicida y la desnudez sangrienta del divino Mártir. Palidece Jesús. Amaratados están sus labios, cárdenas sus mejillas. Los ojos moribundos se extienden en mirada profunda hacia los mundos lejanos que han de recibir más tarde su doctrina y vuelven pausadamente a posarse en otros ojos, los ojos de María, que están bañados en lágrimas. "Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre" (Juan 19, 26-27). Instante trascendental para la humanidad: Jesús nos deja en herencia a su propia Madre para que sea nuestra Madre. Levantando después la cabeza, clamó Jesús con voz potente: "Padre, en tus manos pongo mi espíritu" (Lucas 23, 46). Y se estremeció la tierra en sus cimientos, hendiéronse las rocas chocando unas contra otras y de los sepulcros se alzaron los muertos como fantasmas.

Caía la tarde. Los soldados y el populacho habían huido. María estaba sola con Juan y las santas mujeres. Un soldado, armado de una lanza, se acerca lentamente y con un golpe certero la clava en el pecho de Jesús atravesando su corazón. Sangre y agua en abundancia saltan de la herida. María se estremece, alza sus brazos suplicantes y lanza un grito de dolor. Dos varones justos descienden de la cruz a Jesús muerto. Lo recibe entre sus brazos la Madre dolorida y el torrente de sus lágrimas, como perlas, van a mezclarse con los rubíes de la sangre de Jesús, y otra espada atraviesa el materno corazón.

La noche sombría se ha entrado. En silencio sepulcral, van María y las santas mujeres con Juan y los santos varones a sepultar el santo cuerpo. Áloes, perfumes, bálsamos, sábanas preciosas, lágrimas de Madre, suspiros de pecadoras, amor de apóstol y discípulos, corazones amantes son el tesoro que se va a la tumba con el cuerpo de Jesús.

María lo coloca ella misma, cariñosamente, en el sepulcro; estampa el último beso en la frente adorable; empapa con sus últimas lágrimas el rostro bendito y entorna la losa que oculta con su propio corazón sus alegrías y sus esperanzas. ¡Se ha clavado en su pecho la última espada! Silenciosos, a los pálidos rayos de una luna que llora, vuelven a Jerusalén María y sus compañeros. ¡Pobre Madre! ¡Va a llorar su soledad!

Madre mía, concédeme una gracia inefable: que pueda llorar contigo tus dolores, ya que soy la causa de la muerte de tu Hijo y el que he clavado en tu pecho las espaldas por mis pecados. *Eia, Mater, fons amoris, me sentire vim doloris fae, ut tecum lugean*³³. ¡Oh Madre fuente de amor, hazme sentir tu dolor para contigo llorar!



^{32/} Stabat Mater.

^{33/} Stabat Mater.

XVII

Después de la Resurrección

Ya Jesús ha resucitado glorioso. María ha sido la primera en disfrutar de la presencia de Jesús. Pasan cuarenta días y el divino Resucitado vuela al cielo. Queda María en la tierra para echar con los apóstoles los fundamentos de la Iglesia. Para eso recibe con ellos el Espíritu Santo el día de Pentecostés.



Os vendrá a los labios, amados hijos nuestros, la pregunta de por qué Jesús dejó a su Madre santísima en el mundo, después de haber vivido tan estrechamente unido con ella. ¡Ah! Jesús sabía que la Iglesia naciente necesitaba de su Madre para que no fuera a ahogarse en la cuna, y por eso le confió el cuidado de criarla a sus pechos virginales, mediante los oficios que iba a desempeñar. Esos oficios son: el de doctora de los misterios de la encarnación, la visitación, el nacimiento, la presentación, la huida a Egipto y la vida oculta de Jesús. María debía ser, pues, apóstol de los apóstoles y evangelizadora de los evangelistas. María es Madre y maestra de la fe, y por eso, aunque, desde su Inmaculada Concepción, estaba llena del Espíritu Santo, quiso Jesús que le recibiera de nuevo como divino Paráclito, juntamente con los apóstoles. Oh, cuánto debemos amar a María, que nos dio a conocer todos los misterios de Jesús, especialmente el grandioso de la encarnación, misterios que se habrían quedado en el secreto sin sus revelaciones. Porque, cuanto veía y oía y conservaba meditándolo en su corazón (cf. Lucas 2, 19), como nos enseña san Lucas, debía llegar a conocimiento de los apóstoles y evangelistas, y Ella fue el instrumento escogido por Dios; por eso se quedó con los apóstoles, por eso no se voló al cielo con su Hijo glorioso el día de la Ascensión.

El otro oficio de la Virgen era el de dar comienzo a su encargo divino, de ser la Madre de la cristiandad. Ella, con el ejemplo de sus incomparables virtudes, formó el alma de los apóstoles, quienes acudían sin cesar a Ella para pedirle su dirección y su consejo para el gobierno espiritual de sus cristiandades. Por otra parte, María recibió desde entonces la misión de quebrantar todas las herejías, como lo canta la Iglesia al decir de Ella que es terrible como un ejército en orden de batalla, y que Ella sola ha quebrantado todas las herejías que han aparecido en el universo mundo. *Cunctas haereses sola interemisti in universo Mundo*³⁴. Se ha cumplido en Ella la promesa del Altísimo desde los primeros días de la creación: ella quebrantaría la cabeza del dragón infernal.

Confiemos, por tanto, en Ella y digámosle llenos de fe: la masonería actual, oh Madre, con el judaísmo y los sin Dios, quiere arrancar en nuestra Patria, que es tuya, las creencias religiosas de nuestro pueblo, y mucho han logrado. Ven en nuestro amparo y quebranta con tu pie virginal la cabeza de este nuevo dragón infernal.

XVIII

Asunción

María, aunque no estaba sujeta a la muerte, porque había sido concebida inmaculada y poseyó la plenitud de la inocencia y la santidad, murió, sin embargo, por los mismos motivos por que murió Jesús: para satisfacer sobreabundantemente por el pecado,



^{34/} Breviario de la Virgen.

como corredentora de los hombres; para confirmar que su Hijo, además de Dios, era hombre, nacido de sus entrañas para ser, en fin, aun en la muerte, nuestro modelo. Pero la muerte de María fue un triunfo y una gloria, sin dolores y sin temor, como un sueño delicioso, como un éxtasis. La tradición nos la describe así: "¡Con qué amor no hubo de recibir la santa eucaristía! A su alrededor vemos devotamente reunidas las piadosas mujeres, los cristianos de Jerusalén, los apóstoles (todos los cuales, excepto Tomás, están allí por divina inspiración, o llevados prodigiosamente a su cabecera); y María los mira a todos. Con qué corazón les habrá dado sus últimos recuerdos... Cómo les habrá asegurado su maternal protección que va a continuar dispensándoles desde el cielo... Cómo les habrá recomendado la caridad, la humildad, el cielo... Y, ya en este punto, vedla cómo fija sus ojos hacia arriba, hacia el cielo... Ved el ímpetu de su alma sedienta de lanzarse en el seno de Dios... Contemplad, por fin, aquella alma libre ya de los lazos del cuerpo, cómo vuela a la eterna bienaventuranza, mientras sus manos caen inmóviles sobre el lecho. ¡María ha muerto!... Lloran los apóstoles y alégrense los ángeles. Lloran la tierra y se regocija el cielo, que recibe en María a su reina deseada".

Un historiador piadoso, digno de fe, escribe lo siguiente acerca de la sepultura de María: "Muerta la Virgen, los apóstoles y cuantos la asistían besaron las manos y los pies de aquel santo cadáver. Los ciegos que la veneraron recobraron la vista, los sordos el oído, los paralíticos anduvieron y todos los enfermos sanaban de repente con sólo tocarla".

"Celebráronse funerales. Junto al féretro colocáronse antorchas encendidas, quemáronse perfumes y esparciéronse flores. Los ángeles del cielo precedían y rodeaban el triste cortejo. Las calles de Sión resonaban con maravillosos cánticos. Los apóstoles en persona conducían el cadáver, el cual, entre las lágrimas de los fieles, fue depositado en Getsemaní".

"Como su Hijo, fue colocada también en un sepulcro nuevo excavado en roca viva, al cual daban acceso algunas gradas. Las piadosas mujeres adornaron con flores el sepulcro que los ángeles del cielo custodiaban"³⁵.

Pasan tres días; Tomás, el ausente, ha llegado. Los apóstoles abren la tumba y nada encuentran. Sólo el sudario, las flores y un perfume embriagador. Ella, como su Hijo, porque era inmaculada, no podía sufrir la corrupción del sepulcro, y ha resucitado y ha volado en cuerpo y alma al cielo.

¡Qué conmoción en las alturas! Los ángeles maravillados cantan desde el cielo al contemplar a la Virgen que sube. ¿Quién es ésta que va subiendo por el desierto como una columna de humo, formada de perfumes, de mirra y de incienso? Y se asoman a los ventanales del empíreo todos los espíritus angélicos y los bienaventurados, a cuya cabeza viene el Hijo de Dios y de la Virgen, y avanzan hasta encontrarse con ella. ¡Qué cantos, qué armonías, qué luces, qué fiesta! La Reina va entrando a la eterna morada, apoyada en el brazo de Jesús. Vedla ahora sentada a su derecha en el trono más brillante preparado para Ella por la augusta Trinidad. El Padre le coloca en su cabeza una diadema de oro y de brillantes y la proclama Reina del cielo y de la tierra; el Hijo besa la mano de su Madre y Reina; el Espíritu de Dios sacude sus alas, la colma de honores y la rodea de un brillo de inenarrable gloria. Una salva de aplausos y un estremecimiento de clamorosa alegría retumban en todos los ámbitos del cielo cuando los ángeles y los santos la aclaman por su reina inmortal.

Epílogo

¿Y para qué estás ahí, Madre mía? ¡Ah! ya lo sé, para desempeñar el cargo que te ha confiado el Padre, que es el mismo que dio al Hijo, de quien dice san Pablo: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis* (cf. Hebreos 7, 26). ¡Misterio de intercesión y de misericordia! Ella,

35 Peraldi. *La Virgen Madre de Dios* (v. 2), p. 209.

además, ha sido constituida la dispensadora de todas las gracias y tesorera del cielo. En sus manos maternas están las llaves del tesoro celestial, que con su muerte nos mereció Jesús, y no hay gracia que no nos venga por María, ni hay alma que pueda ir a Jesús sino por María. Yo me la represento en continua labor de misericordia, con sus dos manos juntas y abiertas, recibiendo favores del corazón de su Hijo y derramándolos en seguida sobre sus fieles devotos. Y así es, en efecto, sin que justo ni pecador, pueblo o nación dejen de percibir los efectos de su omnipotencia suplicante y de su poderosa intercesión. Para los justos que la aman y la invocan, aumento de santidad; para los pecadores, gracias de conversión, y para todos, puerta del cielo. ¡Madre amorosa y firme esperanza!

Cuán buena se ha mostrado en sus grandes santuarios, como en el pilar de Zaragoza (España), en la gruta de Lourdes (Francia), en la montaña de Loreto (Italia) y en el Tepeyac azteca (México). Enfermos del alma y del cuerpo, allí encontraron alivio y consuelo.



En nuestra amada patria, Chiquinquirá y Las Lajas son testigos de las ternuras maternas de María.

¿Y acaso nuestra joven Diócesis no tiene que vivir de rodillas por la gratitud, ante su tierna Madre que bendice a sus hijos bajo algún título amoroso? Allí está Nuestra Señora de Sopetrán dispensando auxilio; allí está la Virgen de las Mercedes en Yarumal derramando gracias; allí está sobre todo la Madre de las Misericordias, de esta ciudad, blanca, esbelta, sonreída y cariñosa, con sus manos suavemente extendidas en ademán de derramar los tesoros de su ternura sobre sus hijos desde la cumbre de los Osos hasta las orillas del Cauca, del Porce y del

Nechí, en toda la Diócesis, donde no hay corazón que no la ame ni labio que no la invoque.

Madre mía, Madre mía de las Misericordias, vuelve a Colombia esos tus ojos misericordiosos, sobre todo en este año de amargos presagios; mira esta Diócesis que te ama tanto y protege a cada uno de sus hijos, que son tuyos y te dan como prenda de amor su corazón. Bendícenos a todos desde tu santuario, Madre mía, bendícenos desde el cielo y envuélvenos en el manto de tu misericordia y de tu amor. ¡Así sea!

Recomendamos a los venerables sacerdotes predicar durante este año sobre teología mariana para que los fieles conozcan mejor a la Virgen santísima y la amen con más ardor y más filial cariño.

La presente pastoral será leída en varios domingos consecutivos a la hora de las misas de precepto en todas las iglesias y capillas de nuestra Diócesis.

Dada en Santa Rosa de Osos, firmada por nos, señalada con nuestro sello mayor y refrendada por nuestro secretario, el 2 de febrero de 1942, día de Nuestra Señora de La Candelaria.

+ Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos